

Carmen Dolores Hernández. *Puerto Rican Voices in English.* Westport, Connecticut y Londres: Praeger, 1997.

Hace unos cinco años recibí una grata encomienda del periódico argentino *Página 12*: armar un suplemento sobre literatura puertorriqueña. La labor me entusiasmó, y el suplemento "Primer plano", del 17 de enero de 1993, salió dedicado a nuestra literatura nacional. Al recibirlo, me sorprendió la información que añadieron los editores argentinos, y que venía impresa en un recuadro de la primera plana. Allí se decía lo siguiente: "Desde mediados de los 70, la pequeña isla del Caribe que nunca alcanzó la independencia está produciendo algunas de las obras más originales y renovadoras de América". Esta mirada argentina sobre nuestro país y su producción cultural me pareció muy curiosa. Al señalamiento innegable de la situación colonial que todavía vivimos, le sigue en ese recuadro otro tipo de aseveración atípica acerca del dinamismo y la vitalidad de nuestras letras. Acostumbrados como estamos a no figurar en los libros de historia latinoamericana que circulan por nuestros países hermanos, ese juicio y esa mirada no dejan de ser excepcionales. Poco a poco se va probando que la historia de la cultura latinoamericana no se podrá escribir excluyéndonos.

El suplemento del periódico *Página 12* se inicia con un ensayo panorámico en el que intenté hacer un recorrido por nuestra historia y por el desarrollo paralelo de nuestra literatura. Mi ensayo se cierra con una afirmación que todavía sostengo, y en la que creo cada vez más. Allí planteo que, al recorrido que he llevado a cabo por la literatura y la historia de nuestro país, hay que añadir la literatura de los puertorriqueños que viven y escriben en Estados Unidos, escrita tanto en inglés como en español o alternando códigos lingüísticos. Las experiencias de la emigración y la vida en la urbe neoyorquina que figuran en la poesía de Pedro Pietri o en la narrativa de Piri Thomas o Nicholasa Mohr están indisolublemente unidas a la historia de Puerto Rico, independientemente de la lengua que usen quienes escriben.

Puerto Rican Voices in English, de Carmen Dolores Hernández, egresada del programa doctoral del Departamento de Estudios Hispánicos de nuestra Universidad, reafirma ese vínculo que percibo entre la historia de los habitantes de este país y las historias de quienes tuvieron —no exactamente por gusto— que emigrar. Se trata de un complejo proceso migratorio que han estudiado varios historiadores, entre los cuales se destaca Virginia Sánchez Korrol, y que se intensifica en las décadas del cuarenta y el cincuenta, aunque se inicia a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

En este excelente libro, Carmen Dolores Hernández nos entrega mucho más que una colección de entrevistas. A mi ver, hay en él un proyecto cuidadoso y bien armado de historia cultural. En cada uno de los diálogos que entabla la

autora con los escritores y escritoras que han nacido o se han criado en el espacio de la emigración, se va construyendo el diálogo a la manera de una historia o relato de vida en la cual encontramos materiales de muy rica naturaleza y procedencia. De la narración de las vicisitudes de la historia familiar se pasa a menudo a los choques y contactos con otros grupos de la sociedad norteamericana, o a los roces, rechazos y exclusiones que, lamentablemente, marcaron y siguen marcando el trato de los puertorriqueños de la "isla" con los de la emigración. Entrelazadas en estas narraciones de la experiencia cotidiana se encuentran también reflexiones acerca de la obra de escritores tan disímiles y fascinantes como Pedro Pietri y Sandra María Esteves; Miguel Algarín y Esmeralda Santiago, entre muchos otros.

Antes de pasar a comentar las entrevistas que componen *Puerto Rican Voices in English*, destaco la presencia en este libro de un detenido ensayo introductorio, una minuciosa cronología y una muy útil bibliografía sobre el tema de la literatura de la emigración. El rigor y la lucidez que caracterizan a Carmen Dolores Hernández en su crítica literaria se han trasladado a este libro sin convertirlo en un espacio al que sólo tienen acceso los especialistas. La convocatoria de este libro es, sin duda, amplia.

De estas entrevistas me atrae, en particular, la habilidad con la cual Carmen Dolores Hernández lleva a sus interlocutores a narrar sus experiencias cotidianas y familiares. De esas pequeñas cosas, no olvidemos, también se compone la historia. En este libro no encontramos un espíritu derrotista ante la brega diaria de la emigración.

Se narran aquí momentos conmovedores de la vida de los escritores. Pienso, por ejemplo, en las historias acerca del racismo en la familia de Miguel Algarín. A pesar de lo dolorosa que es esa experiencia, Algarín también destaca otra actividad suya de gran valor: la manera en que se abrió un lugar —de innegable disonancia y resistencia— en el ámbito académico norteamericano.

Escuchamos también aquí la manera en que la artista y poeta Sandra María Esteves les hizo frente a las críticas y degradaciones que se le hicieron a su obra plástica. Esteves descubre en el trabajo una fuerza enorme para enfrentar al poder y, en particular, para encarar los abusos y arbitrariedades de los poderosos. Se percata esta poeta que el trabajo propio hay que defenderlo como se tiene que defender a diario la dignidad.

Por otro lado, no están ausentes en estas historias de vida otras maneras de enfrentarse a la adversidad. En la entrevista con Pedro Pietri, el poeta narra con bastante humor cómo adquirió la costumbre de vestirse de negro después de que se produjeron varias muertes entre sus familiares y conocidos. Al estar vestido de negro, estaba siempre listo para asistir a un entierro.

De mucho valor son también los momentos de historia y crítica literaria que va articulando Carmen Dolores Hernández en sus conversaciones. Se nos presenta el surgimiento del término "Nuyorican", que más tarde se utilizó para

nombrar el Nuyorican Poets Café, desde el cual se dieron a conocer, a partir de 1975, muchas figuras de valor. Miguel Alagarín señala que el término se asumió como una forma de devolver, cambiándolo de signo, el desprecio que connotaba el término en boca de muchos puertorriqueños de la isla. También se escuchan aquí distintos relatos de filiación literaria. Para Nicholasa Mohr, por ejemplo, su iniciación se produce lejos de la literatura puertorriqueña. Sin embargo, contrario a lo que se ha afirmado acerca de la formación literaria no puertorriqueña de muchos de estos escritores, el narrador Ed Vega subraya la importancia que tuvo la narrativa de José Luis González en sus inicios y en su desarrollo posterior como escritor. El escritor y juez Edwin Torres apunta al vínculo que hay entre su obra y la novela picaresca española. Otros escritores prefieren destacar que sus orígenes están íntimamente ligados a los rituales familiares. No faltan aquí interesantes observaciones de los escritores acerca de su labor. Víctor Hernández Cruz, por ejemplo, define la poesía como una manera de estar en el mundo para darle forma.

El libro de Hernández complementa de manera acertada la labor de otros estudiosos. Se une, en nuestro país, a los textos críticos publicados por Ramón Luis Acevedo, Marta Aponte Alsina, Pedro López Adorno, Eugene V. Mohr y Hugo Rodríguez Vecchini sobre la literatura de la emigración, así como a la valiosa, aunque bastante limitada, labor de traducción y publicación de estos escritores que han llevado a cabo algunas editoriales nuestras. Se suma también a las aportaciones críticas de Edna Acosta Belén, Efraín Barradas, Arnaldo Cruz Malavé, Arcadio Díaz, Margarite Fernández-Olmos, Alfredo Matilla, Eliana Ortega y Alberto Sandoval, entre muchos otros.

Puerto Rican Voices in English acompaña también a dos libros valiosos sobre la emigración: *The Commuter Nation*, colección multidisciplinaria que editaron Carlos Antonio Torre, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, así como *Divided Borders. Essays on Puerto Rican Identity* del crítico cultural Juan Flores. (Ediciones Huracán publicó recientemente una selección de esos textos titulada *La venganza de Cortijo y otros ensayos. Nuevos trazos de la cultura puertorriqueña*). Si en el libro de Carmen Dolores Hernández el énfasis recae en la concepción de la entrevista como espacio de intercambio y porosidad cultural, algo semejante ocurre en las metáforas de la nación migrante y la frontera escindida a partir de las cuales se articulan los otros libros mencionados. La frontera, el ir y venir y la entrevista como espacio de la porosidad cultural vienen a sustituir otras metáforas, acaso más estáticas, que se han empleado para definir y articular la cultura y la identidad puertorriqueñas. El insularismo, la casa asediada o el país de cuatro pisos dan paso en estos tres libros a otra formulación. La frontera remite también a esa forma de heteroglosia sobre la cual se conversa en *Puerto Rican Voices in English*, y que podemos llamar *code switching* o alternancia de códigos lingüísticos. No me refiero aquí a esa práctica de cierta burguesía puertorriqueña —o chilena o

argentina o mexicana— que consiste en salpicar su habla con palabras y oraciones inglesas o francesas. (Es lo que lleva, por ejemplo, a los yupies neoliberales del Santiago de Chile actual a bautizar al barrio de moda con el curioso nombre de Sanhattan). Este mecanismo de *distinción* poco tiene que ver con un fenómeno mucho más complejo en el cual no interviene el privilegio social. Despojada de su presunto carácter de deficiencia lingüística, la alternancia de códigos lingüísticos que practican algunos escritores y escritoras puertorriqueños de la diáspora podría verse como un acto de resistencia ante los mecanismos de asimilación de la cultura hegemónica norteamericana. Es un desafío cotidiano a la política del “English only”. Alternar códigos es para ellos y ellas una manera de no abandonar su cultura de origen.

Es de esperar que este valioso libro de Carmen Dolores Hernández lleve a las editoriales de nuestro país a traducir y hacer circular a estas voces puertorriqueñas que escriben en inglés.

Juan G. Gelpí
Universidad de Puerto Rico